

Un saludo afectuoso al Consejo Federal del Folklore de Argentina y al primer Congreso y Parlamento virtual del folklore de América.

BIOGRAFÍA

Elsa Fabiola Yáñez Cuadrado. **Alausí – Ecuador**, -13 de marzo de 1968-Miembro de la CCENCH. Miembro de la Asociación de Escritoras Contemporáneas del Ecuador. **Publicaciones:** “**Caminos de Colibrí**” colección Chuquirahua, colección **Pétalos** cuatro fascículos **Hahuay, A La Madre, Quereres, Rondas Bajo la Luna**, antologías AECECH. “**Palabra de Casa**” cosecha poética, antología CCENCH “**Versos Desde el Corazón**” antología –Madrid-España. “**La Mitad de la Rosa** “. “**El Guagualana**”

MUÑECA MUERTA

Jamás imaginé, que el cementerio con su silencio tenebroso se convirtiera en un lugar perfecto para un paseo de domingo, en mi infancia disfruté mucho de este recorrido fúnebre, el misterio ha sido una de las cosas que aún me provocan extrema curiosidad, un suplicio infringido al escudriñar las historias de espantos, que alimentaban mi forma diferente de percibir la muerte.

Yo, arlequín brincando sin sosiego, corría por el suelo empedrado e irregular con mi pequeño hermano, compañero de todas mi penas, nuestras alas de querubines desquiciados eran blancas como nuestro juegos fantasmales, como almas que nacen sin conocer sus futuras condenas, así recorríamos el camposanto semana a semana, en singular travesía, una correría imprevista.

Los mausoleos con sus estatuas plumizas nos estremecían, pero el miedo era ameno pues lo inquiríamos explorando y hurgando historias de los muertos, teníamos nuestras lozas preferidas con sus fotos amarillentas que descubrían los rostros pálidos y las hablillas que rodeaban cada lápida, cada tumba contaba su tragedia.

Cómo la de Hugo Caamaño que había muerto repentinamente en su cuna y la joven madre no pudo con el peso de su ángel muerto, lloraba todas la mañanas abrazándose con un chal fino que cubría una gruesa trenza que dejaba imaginar su cabello largo y fuerte, azucenas blancas acompañaban su llanto con gotas de agua fresca, su amor quedó reducido a una flor en el sepulcro.

La tumba de la triste poetisa que se envenenó en la primavera de su vida, la familia anunció que una neumonía había cegado la vida de su joven hija. La escultura de su

carita era blanca y fría como sus sueños rotos.

El trágico caso de la viuda que perdió a cuatro de sus cinco hijos, todos en penosos accidentes, enfilaban cuatro lápidas con distintos nombres pero iguales apellidos, sin tener idea de nuestra morbosa indagación hacíamos cuentas qué edad tuvo cada uno de ellos en su fatal deceso.

Los gritos de mi madre nos hacían correr de vuelta a su lado para darnos unos pequeños utensilios plásticos, que servían para acarrear agua del tanque hondo y verdoso que había en el centro del cementerio, regábamos las flores de la tía Carmela, soltera que murió de cáncer y fue como una madre para ella. Trepas la inestable escalera era un juego divertido, con un puñado de periódico limpiábamos el vidrio que dejaba ver sus rosas de jaspe con letras plateadas. Ser niño es tan fácil a veces que hasta el misterio de la muerte es un lugar para soñar.

Otra de las cárcavas que me hicieron feliz, era una que tenía un tren soberbio, tallado en mármol negro, tumba de un maquinista conocido de la familia, pasábamos largos minutos desmenuzando la diminuta figura con nuestros ojos entrometidos.

Saltando un poco las palabras en lectura rápida leíamos en voz alta las promesas de los vivos, escritas con letras delineadas y hermosas, frases como “nos encontraremos en el viaje a la eternidad” o “los buenos nunca mueren” y una muy especial, “cuando el sol de la vida es esplendente la sombra de la muerte llega pronto”. Jamás nunca he olvidado de los recorridos fúnebres de mi niñez y la triste historia de Margarita mi muñeca amada.

Uno de esos domingos logramos avistar un entierro, la gente vestida de negro lloraba cargado sus pesados ramos como si el tamaño de ellos definiera la importancia del extinto, como si el alma del difunto pudiera leer las notas del suvenir. Apurados por no perdernos la gran hazaña de presenciar en carne propia la nueva historia de otra huesa, corrimos sin hacer caso de los gritos de mamá que nos advertía el peligro, llegamos casi sin aire buscando forma de ponernos en primera fila, ahí fue cuando tropecé y Margarita mi pequeña hija de hule y cabello negro que traía en mis brazos, cayó en la honda fosa encima del cofre, los enterradores cubrieron con paladas de tierra mi muñeca que quedó muerta y sepultada. Lloré tanto, aprendí el dolor de perder a un ser querido y supe desde entonces que las heridas llegan sin anunciarse, que las lágrimas me acompañarían eternamente. Aún conservo una foto con mi pelito corto, una enorme vincha de perlititas blancas y en mis brazos sonreída Margarita mi muñeca ahora muerta.